

El gorrión en el jardín

Indefectiblemente, a una determinada hora del día, el pajarillo aquél, gorrión por más señas, venía a visitarnos a los tres o cuatro amigos que nos reuníamos bajo el plátano del jardín. Se paraba, como para tomar aliento y descansar, en la verja que corría detrás de uno de los bancos jardineros; tras unos segundos empleados en observar con su mirada a los que estábamos mirándolo, volaba al hombro del que le venía más cercano y de allí a la mano abierta de cualquiera que le tendía unas migajas de pan. Comía unas pocas, saltaba a otra mano, a otro hombro y, después de mirar a todos para despedirse, alzaba el vuelo y desaparecía rápidamente hasta el día siguiente.

Yo he pensado muchas veces en nuestro pájaro. Nos visitó unos pocos días y luego ya no volvimos a saber nada de su vida ligera y poética, de aquella vida sencilla como su mismo vuelo de gorrión campero. Su recuerdo es una nostalgia pequeña y suave, sin más, que me ha hecho pensar cosas...

Para mí, el pajarillo representaba todo ese mundo amable de las cosas sencillas que aún son capaces de poner una pincelada de poesía en la vida de los hombres de hoy. Porque la vida tiene, entre otras muchas cosas, una carga elemental de menudencias que la alegran y le dan color y sentido. Sólo que para sacar jugo a las tales, hay que empezar por ser capaz de asombrarse y tener la vista suficiente como para leer entre las líneas del acontecer diario y monótono. Es necesario de todo punto no ser de esos hombres suficientes, que cuando oyen explicar algo se adelantan e interrumpen para decir que ya lo saben, que ellos han visto mejor, que todo aquello resulta ya un tanto anticuado. Esta clase de hombres no se han emocionado nunca ante una abeja que saca la cara encantadoramente sucia, del cáliz de una flor; ni les choca aquel acento blanco sobre la ortografía azul del horizonte marino que es el balandro entre las olas; ni les hubiera enternecido la visita inolvidable de nuestro gorrión confiado y de una educación social exquisita.

Y, sin embargo, necesitamos poetizar en esta vida. No hay más remedio, además de ser bonito. Yo leí hace tiempo, en cierto libro, que el viento poeta sale hacia el bosque en busca de su propia voz. No sé la cita de memoria pero era, en sustancia, eso. Nuestra alma ha de hallar el eco de sí misma en las cosas pequeñas, (¿por qué las llamaríamos pequeñas..?) que se le van ofreciendo en su correr de días y años. Pero parece que entre la amargura y la complicación de lo artificial se nos va embotando la sensibilidad. El hombre de nuestros días padece zozobras que no le dejan sosegar. Toma el periódico por la mañana y ve los nombres de Argelia y de Suez y de Irak y de Laos, y no sabe nunca el nombre que habrá de leer, empavorecido, al día siguiente. Cuando el temor no le asalta, mil cuidados y entretenimientos agobian sus días y se pasa los años discurriendo ingenios electrónicos y artefactos que, para facilitarle después la vida, empiezan por complicársela primeramente de lo lindo. En este ambiente, casi no queda tiempo para soñar ni para vivir a gusto y a nuestras anchas.

Yo le he agradecido al pajarillo del jardín el que aceptase el hospedaje de mi mano sembradora de migas de pan. Cuando se marchaba, yo pensaba siempre que le había parecido un hospedaje noble y estoy seguro de que me lo agradecía. El, que tenía delante de sí la mesa puesta del campo repleto de apetitosos bocados para su picc cortés y breve, se dignaba bajar a las manos del hom-



bre, a la misma mano que hace las bombas atómicas. Decididamente, mi pájaro sabía valorar y agradecer. Empezaba a acercarse sin recelos a unos hermanos suyos, después apreciaba la sencillez de la acogida que le hacían, y terminaba agradeciendo la blancura del mejor don amasado con los sudores del hombre y la bendición de Dios.

¡Qué sencillo y qué bueno era todo: el pan, el pájaro, la mano tendida..!

A los hombres de ahora, indudablemente, nos falta acercamiento, valoración de las cosas, agradecimiento. Y eso es mucho faltarnos, claro. Eso supone una vaciedad vaporosa en nuestras mutuas relaciones. Piensan que España caminará bien cuando el Ministro de Comercio haga esto o lo otro, la balanza de pagos se ponga así o asá, pero no está ahí el negocio, el cual es mucho más sencillo y mucho más hondo; creen que el mundo se apañará con el equilibrio de los armamentos o con las charlas interminables a través de unos auriculares en la O.N.U. Todo esto son pamplinas. Demasiada complicación. Demasiada ausencia de humanidad. Demasiado olvido del desprendimiento franciscano de aquel opulento Pobre del siglo XIII.

Hay que volver a lo elemental y sencillo de nuestra propia constitución humana. Hay que saber ver en la margarita del campo, en la nube del cielo, en la luz del atardecer. Hay que administrar en la vida esos gestos cotidianos y pequeños que le hacen amable para nosotros y para los demás. Hay que interpretar con un corazón ancho el crucigrama de la vida de nuestros semejantes, y poner en cada casilla, con benignidad, la letra cariñosa de un enfoque honesto y pleno de llaveza y de honradez.

No sigamos. Todo esto y harto más puede dar de sí el roce de las alas de cualquier gorrión de Dios, como aquél que, cada tarde, a una determinada hora, nos decía mansamente que el acercamiento y la apreciación generosa y el gesto elegante de la mano tendida pueden dar al mundo una alegría y un sereno goce de vivir tal y como lo quiso y dispuso el Creador para los dichosos, aunque ignorantes, habitantes de este cosmos. Este cosmos que, no lo dudemos, al salir de las manos de Dios, al mismo Dios le pareció que «era muy bueno».

ETA-GOL